Fernando Savater

ANGUSTIA Y SECRETO

(EL DIALOGO ENTRE FILOSOFIA Y POESIA EN LA REFLEXION DE MARIA ZAMBRANO)

"La palabra de la filosofía persiguiendo la unidad se afana por alcanzar la precisión y con ella ha trazado un camino que no puede atravesar entre la inagotable riqueza que le sale al encuentro. La palabra irracional de la poesía, por fidelidad a lo hallado y a lo prometido, no traza camino alguno. Va, al parecer, perdida. Las dos palabras tienen su raíz y su razón."[1]

No es que las voces se concierten, aparentemente opuestas, en el contrapunto armónico de un mismo canto: se trata más bien de dos cantos inseparables e irreductibles que entona —y con los que se entona— una misma voz. Se contraponen derechos y se arguyen legitimaciones. Antígona discute inacabablemente con Creón, mientras el hermano muerto espera sepultura o compañía. Entre el filósofo y el poeta va y viene una cierta incomprensión, un discreto desprecio y una admiración fascinada, fatigada. No se entienden, está claro, porque ninguno acaba de ver nítidamente la necesidad de la que surge el otro: para el filósofo, el poeta es *demasiado* gratuito, mientras que el poeta tiene a su oponente por *excesivamente* empeñoso (leo en María Moliner, por "empeño": "Antiguamente, obligación que tenía el rejoneador de bajarse del caballo y hacer frente al toro a pie siempre que perdía alguna prenda o que el animal maltrataba al chulo"). El uno es visto como caprichoso, el otro parece arbitrario. El pasmo arrobado desdeña el desplante premioso y, a su vez, es desdeñado. Visto desde la plenitud opuesta, cada uno suena a hueco y retumba en esa oquedad pretenciosa la voz sin designio ni por qué; pero la voz que suena en el hueco ajeno es precisamente la voz propia. La superfluidad de su rival complementario les fascina a ambos por igual y cada cual admira en el de enfrente el camino misterioso y certero por el que se va a lo que uno no es. Camino para encontrar dónde perderse, que es la vía más tentadora. El poeta y el filósofo son hermanos tentadores, que se repelen y atraen. Por mucho que se desconozcan, cada uno sabe al menos algo esencial de aquello en que consiste la opción del otro: le basta con consultar el azoro y carencia de la propia. Pero sólo los más débiles o hipócritas de ambos rangos creen en la posibilidad engañosa de complementarse. "No se encuentra la totalidad de lo humano en ninguna de esas dos formas que enteramente lo reclaman", pero precisamente la peculiar honradez del hombre consiste en resistirse hasta la muerte (Hegel *dixit*) a la totalidad sintetizadora de lo humano, mientras se deja arrastrar por un reclamo excluyente y se desgarra de inaquietable anhelo por perderse en la vía excluida. "En la poesía encontramos al hombre concreto en su individualidad. En la filosofía, al hombre en su historia universal, en su querer ser. La poesía es encuentro, don, hallazgo por la gracia, respuesta, aunque se presente como pregunta. La filosofía es búsqueda, requerimiento guiado por un método, aunque ofrezca y aún sea ella misma una respuesta". No es que la poesía sea la respuesta que la filosofía busca, como podría concluir cierta blandura estetizante. Por el contrario: la poesía es la respuesta que se obtiene —con la que se tropieza— cuando no se busca *y porque no se busca*; la filosofía no puede aceptarla porque ha puesto como condición de cualquier respuesta válida la indagación misma que ha de precederla y demandarla. Privándose de la búsqueda, el poeta consigue de inmediato la respuesta, pero sólo la respuesta que exige una pregunta no formulada; el filósofo se impone hacer una y mil veces explícita la pregunta, sacrificando así la gratuidad no invocada de la respuesta. Lo que cada cual consigue es lo que el otro ha perdido, la *perdición* del otro.

"La admiración que origina la filosofía es violencia". Violencia contra lo real en nombre de la verdad, es decir, en nombre de lo que *sabe que es real*. Enfrentamiento con lo que hay para que confiese la almendra incorruptible que oculta entre apariencias pasajeras, momentáneas y ya marchitas. Las sombras de la caverna no quieren testimoniar dónde radica su verdad duradera, aquello que no ha de dejarnos con las manos vacías y descarnadas. Luchar contra las sombras fugaces y engañosas es negarnos a ser sombras; para ello, debemos rebelarnos violentamente contra nuestro componente inasible, rechazar los amores temblorosos, las aguas en marcha, los pétalos y hojas que tapizarán los suelos otoñales tras haber triunfado efímeramente, el cuerpo y sus balbuceos. Todo eso tiene su verdad pero no la conoce; como no la conoce, no sabe retenerla. Lo que las apariencias velan es un *secreto*, el de algo desconocido que proyecta su sombra cambiante en el fondo de la caverna. La filosofía quiere violentar a lo real para que desvele su secreto: pretende convertir el secreto en verdad. Pero en esa tarea de desentrañamiento, en esa violenta huida de las sombras entrañables que eran toda nuestra compañía, el filósofo pierde el mundo entero, todo lo que se le había dado. Pierde lo dado, para conquistar por sí mismo la verdad, que es lo real pero sin secreto. Traspasada de luz la realidad, limpia al fin de secreto, encuentra (mejor dicho, encontrará) el filósofo algo imperecedero en lo que poder instalar su vida y con lo que identificarse de manera inequívoca, tal como nunca pudo lograrlo entre las ilusorias sombras de la caverna. Entre tanto, debe vivir en la zozobra, pues "el filósofo vive en su conciencia y la conciencia no es sino cuidado y preocupación". Zozobra en la que duda sobre el resultado que tendrá la operación violenta emprendida. Ha perdido lo que le dieron, lo dado, y todo lo que consiga ha de provenir de su esfuerzo; ya tiene algo, pero algo que no acaba completamente de tener, porque es búsqueda y perdición de la respuesta. "Tiene un comienzo de algo imperecedero y que, sin embargo, depende para su logro de que él lo logre". No cabe retroceso ni componenda con las aparien-

cias rechazadas, tampoco conformarse con ninguna de las sombras que amueblaron nuestro origen: la verdad está por venir, viene llegando, va saliendo del secreto como el esclavo de Miguel Angel lucha por desprenderse de la piedra que le aprisiona. En su desprendimiento de lo dado, el filósofo se alimenta con lo que espera, con los rasgos de verdad que va desenterrando del secreto. Nacida la violenta renuncia al mundo y su secreto, desolada en principio, la filosofía inventa para ayudarse a subsistir en su camino hacia lo imperecedero el optimismo y la esperanza.

El infierno es, dijo un poeta platónico, "el lugar donde no se espera". Allí moran los que no han renunciado al mundo y sus fugaces pompas, los que no quieren salvarse por vía de la verdad. Los condenados son enamorados del secreto, es decir, poetas. No quiere ni sabe el poeta romper con lo originario, con el mundo sin futuro de las apariencias: al revés, se entrega a él con ardor. "No sólo se conforma con las sombras de la pared cavernaria, sino que, sobrepasando su condena, crea sombras nuevas y llega incluso a hablar de ellas y con ellas. Traiciona a la razón usando su vehículo, la palabra, para dejar que por ella hablen las sombras, para hacer de ella la forma del delirio. El poeta no quiere salvarse; vive en la condenación y, todavía más, la extiende, la ensancha, la ahonda. La poesía es, realmente, el infierno". Embriaguez, delirio: la poesía, que nada espera, adopta los hábitos lenitivos y destructores de la desesperación. La violencia filosófica se fuerza a la esperanza, mientras que la enamorada poesía deriva sin consuelo. Se invierten así hábitos de pensamiento que recientemente —no hace ni tan siquiera un siglo— se han incorporado a nuestro sentido común. "En los tiempos modernos, la desolación ha venido de la filosofía, y el consuelo, de la poesía. Mas aquí vemos lo contrario: la poesía es la voz de la desesperación, de la melancolía y del amor a lo pasajero, que no se quiere consolar de perderlo y de perderse. Por eso se embriaga". En su infierno, de brumas y voces intoxicadoras, la poesía acaricia el secreto de lo que hay, ese secreto que la violencia del pensamiento se empeña en desvelar. Pero ¿cuál es el secreto de lo fungible, de lo dado, de lo que originariamente nos ha tocado en suerte y ahora resbala entre nuestros dedos tiernamente ávidos? ¿Habrá una forma de mencionar el secreto sin desvelarlo, conservándolo? Tal es la aspiración de la poesía, que parte en principio de la misma desolada constatación de la que parte el filósofo hacia el optimismo y el violento futuro. Lo que es ya casi no es; hay mas no-ser en lo que es propio y duradero ser: la verdad —el secreto— de lo que es dice que ya va no siendo. Nada dura, nada permanece: la nada permanece y dura. *La nada es el secreto de lo que hay*, entraña de lo dado que desazona por igual al poeta y al filósofo; pero éste se violenta contra ella y aniquila racionalmente todas las cosas, buscando por esta vía purificadora lo imperecedero, que resultará ser la propia razón, mientras el poeta celebra con su canto melancólicamente triunfal a las cosas en su secreto mismo, en su nada. "El poeta saca de la humillación del no-ser a lo que en él gime; saca de la nada a la nada misma, a la que da nombre y rostro". Pues el poeta no culpa a las cosas de su nada ni se violenta contra ellas; no reniega de lo que hay y ya va no siendo, ni siquiera reniega de la nada, pretendiendo desvelar su secreto como verdad por vía de una violenta operación racional. "El poeta no teme a la nada, desciende al caos para elevarlo al orden de que es cifra la palabra". Es preciso recordar aquí la consigna de un gran poeta, Antonin Artaud: "Mi lúcida sinrazón no le teme al caos". El amor a lo dado es también amor a la nada en la que lo dado se da y que a lo dado configura. El poeta no renuncia a ninguna porción de su herencia, lo agradece todo, bendice su infierno pero sin dejar por ello de reconocerlo como infierno. Su postura difiere así tanto de la del filósofo como de la del místico, con quien apresuradamente pudiera emparentársele. "Si Hegel dice que el filósofo tendría que haber asistido a la creación divina, el místico, se nos figura que apetece haber estado desde antes, desde siempre, en las divinas tinieblas que precedieron al '*Fiat Lux*'[2]". El poeta no quiere ser espectador y copartícipe de ese supremo acto de violencia que es la creación a partir de la nada de la verdad de las cosas, como quisiera el filósofo (que nunca logra curarse de esta nostalgia), ni tampoco desea arroparse extáticamente en las tinieblas primordiales anteriores a que las cosas fueran: en ambos casos perdería su condición elegida de criatura, su temblorosa hermandad con lo fortuitamente engendrado e inexorablemente destruido.

María Zambrano

"En el fondo de esta época moderna parece residir una sola palabra, un solo anhelo: querer ser". La filosofía moderna puede ser leída como una novela policiaca, el asesinato de Dios (Woody Allen lo ha hecho así, humorísticamente); en tal caso, el móvil de este crimen no presenta duda alguna: *querer ser*. El Dios que existe es el obstáculo para la auténtica existencia de sus criaturas. La voluntad —querer ser— es el violento ímpetu aniquilador de la filosofía, sobre todo a partir de Schopenhauer: su grandioso propósito ha sido destruir el mundo contaminado por la nada, por el secreto de lo que hay, para recrear un nuevo orden de cosas en las que la nada de lo creado haya sido sustituida por la verdad de lo fabricado. *Verum factum*, es verdadero lo que sabemos hacer, nos reconciliamos con aquello que nos debe su ser: un mundo habitable para el hombre poseído por la pasión violenta y esperanzada de querer ser en y por la verdad es un mundo hecho por el hombre a su imagen y semejanza, un orden fabricado y no dado. De esta batalla de la voluntad contra el secreto de lo que hay, contra la nada, brota la *angustia*. El filósofo que quiere ser, que ya no tiene otro motor que le empuje en su aniquiladora y recreadora tarea que su

querer ser, se angustia doblemente: le zozobra la dificultad de su empresa (¿logrará realmente ser?) y la disponibilidad incierta de su libertad (¿qué logrará ser?).

La angustia es el resabio de la nada inscrito en la esencia misma de la voluntad que se rebela contra ella. El insurgente tiene su ánimo zapado en lo más hondo, pero pese a todo se subleva. La verdad de la nada que la voluntad pretende revelar por medio de la razón es una verdad aniquiladora, un absoluto corroído. La turbiedad de las sombras de la caverna infernal se han disipado por la virtud de una claridad concienzuda, implacable: pero al fondo de la claridad ondula de vez en cuando la angustia, como uno de esos espejismos producidos por el calor durante un día demasiado luminoso de verano. El pensamiento siente horror ante lo vacío, se estremece ante los huecos que le representan la nada y trata por

todos los medios de no dejar cabos sueltos: "Parece existir una correlación profunda entre angustia y sistema, como si el sistema fuese la forma de la angustia, la forma que adopta un pensamiento angustiado al querer afirmarse y establecerse sobre todo". Nietzsche nos previno contra el sistema, al que acusó de falta de honradez, pero quizá la verdadera honradez del sistema sea asumir plenamente la exigencia venenosa de la angustia y no admitir ninguna discontinuidad por la que pudiera perder pie el querer ser.

El filósofo tiene algo de heroico, en el sentido en que el héroe reniega de su filiación, se enfrenta con su padre hasta matarlo y desde su soledad hace nacer una nueva progenie, asume la paternidad como protagonista. El filósofo-héroe quiere romper el vínculo de dependencia con el origen y se declara *causa sui*, plenamente autónomo en su racionalidad: un pensador tan piadoso como Kant es a este respecto el más prometeico y arrogante, aunque la legitimidad real de su exigencia haya sido puesta en tela de juicio en lo moral por Schopenhauer y en todos los campos por Nietzsche. La voluntad reclama la plena autonomía del hijo, hasta llegar a borrar la filiación de que depende, como plenitud de su querer ser. Pues querer ser es querer ser independiente, libre de obediencia y de gratitud. El poeta, empero, no comparte este ánimo heroico. "El poeta no quiere ser sin algo que sobre él sea que le domine sin lucha, que le venza sin humillación, que le abrase sin aniquilarle. No puede aceptar una existencia solitaria, al borde del vacío; una existencia ganada por su sola voluntad. Quizá no quiera propiamente 'existir'". Tiene el poeta vocación filial y amor enternecido por su origen. Ama lo dado incluso más de lo que ama su propia vida, sin duda más de lo que se ama a sí mismo. No quiere afirmarse ni instituírse gloriosamente en el futuro, sino concelebrar la pureza originaria, lo que en el propio irse perpetuo de las cosas nunca ha faltado. Del secreto de la nada recupera el poeta la perdida confianza primordial en la mano del padre: frente a la violencia de la voluntad, esgrime el poeta la confianza del amor. "Y eso persigue la poesía: compartir el sueño, hacer la inocencia primera comunicable; compartir la soledad, deshaciendo la vida, recorriendo el tiempo en sentido inverso, deshaciendo los pasos; desviviéndose. El filósofo vive hacia adelante, alejándose del origen, buscándose a 'sí mismo' en la soledad, aislándose y alejándose de los hombres. El poeta se desvive, alejándose de su posible 'sí mismo', por amor al origen". Vence el poeta a la angustia con su fidelidad al secreto, porque retrocede ante el ímpetu sin límites del poder y la libertad, ante las exigencias insaciables de la voluntad. Renunciar a la libertad es renunciar a la angustia, podríamos deducir como corolario de Kierkegaard; pero apartarse de la angustia de la libertad, esperanzadora y volcada hacia el futuro, es entregarse a la melancolía desesperada de los orígenes. Frente al filósofo angustiado, el poeta melancólico. Pero no quiere esto decir que el poeta sea perfectamente conformista, pues la resignación sin un punto de sublevación que la dote de sombreado patético no es poética. El poeta se rebela pero precisamente contra ese mundo de fábrica humana, donde ya no hay secreto sino verdad técnica (*verum factum*) y del que todo lo dado va siendo extirpado para ser sustituido por productos de la voluntad emprendedora. "El poeta no quiere aniquilar nada, nada, sobre todo, de las cosas que el hombre no ha hecho. Rebelde ante las cosas que son hechura humana, es humilde, reverente, con lo que encuentra ante sí y no puede desmontar: con la vida y sus misterios. Vive, habita en el interior de ese misterio como dentro de una cárcel y no pretende saltarse los muros con preguntas irrespetuosas. Eterno enamorado, nada exige. Pero su amor lo va penetrando todo lentamente".

En el descorazonamiento de la soledad, mientras crece la nada, busca el filósofo la verdad de su si mismo, la verdad que lleva su nombre y que no puede ser pronunciado más que por su voz. En la plenitud desconsolada de la hermandad con todo lo fungible, halla el poeta la ardiente, infernal respuesta del amor. El uno quiere ser y de ese querer saca un corazón abstracto e imperecedero que de nada depende, salvo de su voluntad; el otro escucha el latido de la propia nada, secreto de las cosas que perdura desde el origen y que ni la embriaguez ni el raciocinio logran acallar, y al escucharlo sin hostilidad obtiene por fin un melancólico corazón. Dos cantos inseparables e irreductibles, dijimos al principio; pero dejemos ahora que nos contradiga quien mejor puede, Ernst Jünger: "...el canto del hombre, esa canción que juntamente atruena con orgullo y suplica muy bajo".

[1] Todas las citas entrecomilladas, salvo mención contraria, pertenecen a "Filosofía y poesía" de María Zambrano, en "Obras reunidas", ed. Aguilar, 1969.

[2] "Fragmentos" de M. Zambrano, en la revista "*Escandalar*", no. 4, 1980.